

MI FAMILIA Y LOS POBRES

Una conversación con la Madre Teresa

“Lo envolvió entre pañales y lo reclinó en un pesebre, porque no encontraron sitio en la posada” (Lc,2, 7). Así de pobre fue la primera Navidad. Gracias a Dios, en la historia de las Navidades, Jesús ha encontrado muchas posadas, muchas almas grandes que le han cobijado y, con El, a todos los pobres sin *posada*. En estas fechas en que María y José andan de nuevo buscando posada, me ha parecido oportuno entablar un diálogo con la Madre Teresa, *posada de Jesús y de los pobres*, acerca del mundo de la pobreza visto desde la familia. Seguro que ella, que dedicó la vida entera a los pobres, tiene algunas ideas que nos pueden ofrecer algo de luz: ¿cómo hacer compatible la dedicación a los pobres con nuestra dedicación a la familia, con nuestra tarea educadora? ¡Cuántos padres hay que sienten una especie de desazón, de amargura, porque, viendo y sintiendo la pobreza en el mundo, no encuentran la manera de aliviarla desde su condición de padres!

- *Hoy todo el mundo da la impresión de andar acelerado* -comenta la Madre Teresa sin darme tiempo de empezar a hablar.
- Es cierto Madre, pero es que hay que sacar la familia adelante. La sociedad es exigente; progresar requiere dedicación, esfuerzo, tensión, no es fácil encontrar tiempo...
- *Nadie parece tener tiempo para los demás: los hijos para sus padres, los padres para sus hijos, los esposos el uno para el otro.*
- Sí, Madre, pero yo quería hablarle de los pobres. Nos preocupa cómo podemos...-la Madre Teresa no espera, tiene urgencia por hablar, aquella urgencia serena y firme que impone la verdad.
- *De vez en cuando deberíamos plantearnos algunos interrogantes para saber orientar mejor nuestras acciones. ¿Conozco a los pobres? ¿Conozco, en primer lugar, a los pobres de mi familia, de mi hogar, a los que viven más cerca de mí: personas que son pobres, pero acaso no por falta de pan? Existen otras formas de pobreza, precisamente más dolorosa en cuanto más íntima. Acaso mi esposa o mi marido carezcan, o carezcan mis hijos, o mis padres, no de ropa ni de alimento. Es posible que carezcan de cariño, porque yo se lo niego.*

La Madre Teresa me conduce, me lleva a su terreno o, mejor dicho, al mío, al de la familia; pienso que quizás no ha entendido mi preocupación. Ella, que ha vivido el continuo sufrimiento de los pobres, ¿por qué deriva la conversación?

- Madre Teresa, yo me refiero a familias normales, en las que existe una situación estable, sin graves problemas -a medida que hablo me doy cuenta de mi error... y pienso en ese familiar lejano, o no tanto, y en algún que otro amigo y en mí mismo. Y la Madre Teresa continúa con ese rostro amable, casi infantil.
- *No es necesario desplazarse hasta los suburbios para tropezar con la carencia de amor y encontrar pobreza. En toda familia y vecindario existe alguien que sufre. En*

el mundo hay falta de paz porque falta en los hogares. Hay muchos -¡demasiados!- hogares divididos.

- Si Madre, pero algunos hogares...- ya no parece ni escucharme, se diría que tiene una imperiosa necesidad de hablar, no importa quien la escuche.
- *A veces, cuando tropiezo con padres egoístas, me digo: 'es posible que estos padres estén preocupados por los que pasan hambre en Africa, en la India o en otros países del Tercer Mundo. Es posible que sueñen con que el hambre desaparezca. Sin embargo, viven descuidados de sus propios hijos, de que hay pobreza y hambre de naturaleza diferente en sus propias familias. Es más: son ellos quienes causan tal hambre y tal pobreza'.*

Me doy por vencido y dejo que se esparza abierta y libremente este corazón enamorado.

- Entonces, Madre, ¿Qué hacer?
- *El amor empieza al dedicarnos a aquellos a quienes tenemos a nuestro lado: los miembros de nuestra propia familia. Preguntémonos si somos conscientes de que acaso nuestro marido, nuestra esposa, nuestros hijos, o nuestros padres viven aislados de los demás, de que no se sienten queridos, incluso viviendo con nosotros ¿Nos damos cuenta de esto? ¿Dónde están hoy los ancianos? Están en los asilos (¡si es que los hay!) ¿Por qué? Porque no se los quiere, porque molestan, porque...*

Ya no tengo ninguna duda, veo por donde va; no puedo hacer otra cosa y me dejo llevar, me entrego enteramente. Surge, entonces, la inevitable pregunta:

- Madre Teresa, todo esto lo comprendo, pero ¿Cómo? ¿De qué manera? ¿Por dónde empezar?
- *Empieza diciendo una palabra amable a tu hijo, a tu marido, a tu mujer. Empieza ayudando a alguien que lo necesite en tu comunidad, en tu puesto de trabajo, en tu escuela... Muchas veces basta una palabra, una mirada, un gesto para que la felicidad llene el corazón del que amamos. Hacedme caso: si no prestáis un sacrificio gratuito a quienes están a vuestro lado, tampoco se lo podréis ofrecer a los pobres. Me temo que no existe conciencia de lo importante que es la familia. Si se instalase el amor en el interior de la familia, el mundo cambiaría para bien.*

Hay un momento de silencio. La Madre Teresa entorna los párpados como buscando en su interior; parece como si quisiera recordar. Sonríe y -la vista perdida en la lejanía- continúa hablando...

- *¿Dónde empieza el amor? En nuestros propios hogares. ¿Cuándo empieza? Cuando oramos juntos. La familia que reza unida permanece unida.*

La Madre Teresa se va. Las ideas claras, breves, rápidas, inquietas. No tiene tiempo que perder. Vuelve a sus pobres, a todos los pobres, a los de nuestras familias y a los del Tercer Mundo, para continuar su obra ahora desde su nueva y definitiva *Posada*. Yo me quedo como absorto y sus palabras me golpean suavemente.

[N. del A.: En este diálogo imaginario, todas las frases en cursiva son literales del libro *Orar*, que recoge el pensamiento espiritual de la Madre Teresa tal como ella lo expresó en numerosos actos. El subrayado es nuestro]